

Eugenio Pereira Salas: HISTORIA DEL ARTE EN EL REINO DE CHILE. Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago. 1965.

Se trata de una de las publicaciones históricas más importantes —si no la más— aparecida durante el año. Sus formas externas, por lo demás, ya lo indican: gran folio, más de quinientas páginas, 278 ilustraciones —muchas a todo color— copiosos índices, lujosa edición.

Aborda cronológicamente el período estudiado comenzando con el análisis de una época artística inicial, anterior al terremoto de mayo de 1647, flagelo que liquidó cuanto de valioso se había edificado durante un siglo de paciente obra colonizadora en la zona central del país, después que la destrucción de las importantes siete ciudades del sur (1599 - 1603) había dado oportuna cuenta de aquella otra vapuleada mitad del reino.

En un apartado especial trata en seguida la arquitectura posterior al gran temblor, condicionada por prudentes limitaciones de proporciones y de uso de materiales constructivos. Pasa luego a analizar la pintura y la escultura en lo que designa como “época barroca americana”, de influencia especialmente cuzqueña, para extenderse en seguida en el importante período de influjo jesuítico, ejercido en todos los campos del arte.

Examina a continuación la persistencia barroca en la arquitectura civil y religiosa y al entrar en el estudio del neoclasicismo destaca certeramente la influencia de los ingenieros militares; abordada la reacción clasicista de fines del XVIII consagra un merecido capítulo a Toesca y al triunfo neoclasicista en todo el país. No descuida el análisis del progreso y ornato urbanos, tan característicos del siglo XVIII, ni el de las obras de los continuadores de Toesca.

Un merecido capítulo se adjudica a la casona del XVIII y otro al conocimiento del trabajo artístico gremial hacia el ocaso de la dominación española. La obra concluye con densos capítulos sobre las artes populares y los últimos artistas del fecundo período estudiado.

Por primera vez, así, se nos ofrece un compendio proporcionado de la historia del arte en todo el reino —no como tantas veces de sólo Santiago— y en cada una de sus ramas; aún más, la obra se extiende a los más marginados lindes que podría comprender el tema, sin descuidar ni las grandiosas realizaciones de la arquitectura militar ni las humildes piezas de la

artesanía tradicional. Con sensibilidad refinada y con un caudal de conocimientos fuera de lo común, su autor brinda al gusto de los entendidos, en una especie de suculento festín, prácticamente todo lo que hasta este momento se conoce y puede decirse sobre este rico período histórico, sin duda el más auténtico y fecundo del arte en Chile.

La lectura atenta de esta ingente obra sugiere muchísimas reflexiones. Es imposible darle cabida a todas en una reseña crítica: la mayoría serán degustadas en la proliferación de obras y monografías futuras sobre aspectos parciales del arte chileno; nuestro libro les servirá de inagotable cantera. Con todo, una fundamental salta a la vista: que contrariamente a lo repetido rutinariamente, en el país florecieron las artes profusamente como en cualquier otro de Hispanoamérica; lo que no se produjo en el lugar se importó, sin restricciones de ninguna especie, desde fuera: el efecto práctico fue el mismo: la misma pintura del Cuzco tapizó iglesias, casonas y conventos, la misma artesanía virreinal ilustró su mueblaje y muchos modelos arquitectónicos se trasladaron a la tierra adaptándose al medio ambiente. Si nuestra movida historia —y geografía— ha impedido la conservación de tantas obras valiosas ello no indica necesariamente su ausencia. Es acertada la idea de dividir los períodos de nuestro arte por terremotos... pocas clasificaciones proclaman tan a las claras el singular destino de las obras y su característica expresión plástica; no sólo sismos, sino cruentas guerras arrullaron en Chile sus primeros vagidos. A veces la labor del historiador no es más que el paciente reconocimiento y expertización de escombros hacinados; el dato sobre el objeto artístico debe limitarse entonces a la repetición de venerables testimonios literarios, cuando no a investigaciones arqueológicas, al recuento de prolijos inventarios desperdigados en los repositorios documentales más insospechados, pacientemente recopilados por un investigador de sólida experiencia en tal tarea. Si el hallazgo de tales inventarios revela, como es lógico, sólo una mínima parte de una existencia abundante cuya real proporción no podemos siquiera barrruntar, la valoración de nuestro pasado artístico, después de la presente obra, se torna de pesimista en optimista. Tácitamente puede dejar de sentirse un sentimiento de admiración hacia una obra colonizadora que, sorteando tantas dificultades vitales tuvo siempre, ganas y fuerzas para llegar a concretar muestras tan notables y abundantes en el refinado campo de la cultura, cuya cima representan las bellas artes.

El autor aborda con pareja abundancia de fuentes el estudio de todas sus ramas iluminando con su luz no sólo el conocimiento de las obras más conocidas de la época, sino la masa de obras menos brillantes o que hasta ahora permanecían en la oscuridad. Revela listas de artífices desconocidos, fija definitivamente la datación y la paternidad de increíble can-

tividad de objetos muebles e inmuebles y avanza con seguridad en el esclarecimiento de atribuciones hasta ahora dudosas. Al talento de haber presentado amablemente un cúmulo tan enorme de datos añade el mérito nada fácil de haberlo hecho en buen estilo y hasta con cierto criollo buen humor. Debe señalarse además en Pereira Salas un don no siempre frecuente en los historiadores del arte —y en los historiadores en general—: una ejemplar humildad que lo hace atractivo a la vez que, alejándolo de la tentación de sentar solemnemente la inevitable teoría estética, asegura a su obra larga vida y un actualismo renovadamente promisor. El plan objetivo que se propuso al limitar su alcance al solo estudio concreto de cada obra o autor en las respectivas ramas de cada arte, no significa de ninguna manera que le falten —pareciera que le sobran— fuerzas para emitir calificaciones serenas respecto a los problemas o soluciones que toda realización artística plantea o evidencia: ciertos mesurados juicios que emite aquí o allá permiten atisbar ese otro mundo de conocimientos que el autor prudentemente envainó en vez de esgrimir con justificada arrogancia; sin embargo, cautiva esta madura medida que salva a la obra de un éxito pasajero y que da a aquellas cuidadas opiniones el carácter de un autorizado veredicto. Dentro de ellas sólo queremos traer, a guisa de ejemplo, su juicio sobre la ejecución de los cuadros de San Francisco y su observación sobre la arquitectura del palacio de la Moneda; que aquellos fueron trabajados en el Cuzco y que el clasicismo de ésta conjuga en triunfal síntesis el espacio barroco, son opiniones que, o zanján definitivamente una discusión o destacan un hecho fundamental no señalado antes por ningún arquitecto. En ambos casos el autor ha condensado su juicio en apretadas líneas que el lector no olvidará más.

Una obra de tales dimensiones, con tal acopio de datos, con tal variedad de materias, ofrecerá sin duda necesariamente muchos puntos vulnerables a la crítica: fácilmente podrá confeccionarse una buena lista de erratas —que como la defectuosa reproducción de algunas de las láminas en colores atribuimos más bien a la responsabilidad de la casa editora— o echarse a veces de menos el uso de un vocabulario técnico más ajustado. Aún más: seguramente los arquitectos podrán quejarse de que no se les haya entregado una mayor interpretación del material presentado, los pintores, de las pinturas, los escultores, de las... en fin, cada uno con su tema. Sin embargo, opinamos que ante la magnitud de una obra como ésta, tal género de críticas resulta tan desproporcionado que se siente un vago rubor ante la idea de pensar en ellas. La calidad de la obra es tan alta en general que impresiona óptimamente. No sólo no se vislumbra en nuestros medios artísticos un especialista capaz de abordar con tal visión de conjunto una síntesis semejante, sino además pocos autores poseen la

capacidad de investigación, el amor al tema y el método científico que adornan al Presidente de la Academia Chilena de la Historia que nos brinda en esta su obra más importante y el fruto más maduro de su fecunda y prolongada labor docente y publicitaria.

Con todo, por nuestra parte, bastante inhibidos después de lo dicho, no queremos silenciar nuestra mínima opinión dejando algunos lunares que, por lo demás desde luego creemos que no afean la belleza que la obra ofrece en su conjunto. Lamentamos así, dentro de su prolijidad, algunas omisiones: el análisis de la notable planta de la Iglesia mayor de Osorno, del S. XVI, publicada en varios estudios conocidos por el autor; el de la original planta concéntrica ("ochavada") de la Iglesia dieciochesca de los agustinos de La Serena (conservada en el Archivo del Convento de Santiago y ya mencionada por el P. Maturana en su obra, conocida por nuestro autor); y, por su sobresaliente calidad, los insignes planos para la Catedral de Concepción, del gran Sabatini, que también debió ver en la conocida obra de don Diego Angulo Iníiguez. En cuanto a pequeños puntos discutibles notamos algunas confusiones, entre otras, el que Santo Domingo de La Serena hubiese sido antes templo jesuita, hecho desmentido en los numerosos planos antiguos de la ciudad que señalan distintamente ambas casas regulares; que la Iglesia dieciochesca de Andacollo, que subsiste vecina a la basílica del XIX exhibiendo hasta ahora su notable fábrica de sillería, hubiese desaparecido a la erección de ésta; que el recién incendiado interior de Santo Domingo de Santiago, en fin, haya sido labrado en el S. XVII, cuando sabemos que a su vez fue producto del arreglo posterior al incendio de mediados del XIX.

En la iconografía lamentamos la inclusión de estampitas populares. Coincidimos en cambio con el autor en su queja por (p. 233), "las frecuentes y vandálicas reparaciones que sufren los templos chilenos...".

Gabriel Guarda, O. S. B.

Jaime Eyzaguirre: HISTORIA DE CHILE. GENESIS DE LA NACIONALIDAD. Empresa Editora Zig-Zag, Santiago. 1965.

Aún a riesgo de caer en el lugar común, debe decirse que este libro colma un notorio vacío de nuestra literatura histórica. Faltaba (y ello estaba en la conciencia de todos los estudiosos) una historia de Chile que, por una parte, se alejase de las ya clásicas historias generales de Barros Arana y Encina, y por otra, no llegase a los resúmenes o síntesis que de ellas se han hecho, ni a los textos de uso escolar. Faltaba una obra que,

aprovechando los antiguos y los nuevos aportes históricos, presentase una imagen completa de nuestro desarrollo nacional, hecha con rigor científico y capaz de satisfacer al lector culto.

Este ha sido el propósito inmediato del autor, según se desprende de las páginas introductorias, y ha sido cumplido. Desde tal punto de vista son muchos los aspectos que merecen señalarse. El entronque de nuestra historia con la de Occidente, a través de la de España; el no acostumbrado relieve que se da, huyendo de una historia puramente política, a la educación, el arte, la economía, la literatura; el acertado engarce de las materias; la información precisa, abundante y significativa, son, entre otros, caracteres propios del libro de Eyzaguirre. A través de ellos se palpa que no estamos ante la obra de un recopilador, sino de alguien que vive impregnado de la historia chilena a través de largos años de docencia, de investigación propia y de alerta atención ante la marcha de nuestra historiografía.

Esto puede comprobarse a través de todo el libro, cuyo ámbito cronológico llega hasta 1817. La bibliografía es abundante, y no olvida ningún estudio de real valer. Y, lo que verdaderamente importa, esta bibliografía no es una mera lista de obras, ya que las páginas del libro demuestran su aprovechamiento inteligente. Aquellos párrafos que llevan como nombre "El espíritu de la época" y que sirven para caracterizar cada uno de los periodos en que la obra se divide, demuestran la certeza del autor para coger los rasgos generales de un momento histórico, y para vertirlos sintética y resumidamente. Pasando a otros campos, son extraordinariamente ricos, tanto por la apreciación crítica como por la abundancia de datos, los acápite dedicados a la actividad cultural, particularmente en lo referente a las letras y a las artes. "La vida cotidiana", por su parte, reclama nuestra atención con las mil minucias que dan su tono característico al discurrir de la vida indiana.

Pero el libro de Eyzaguirre ofrece también otro valor que en modo alguno puede pasarse por alto. Ahora que predomina una historia basada excesivamente en factores económicos y que tiene como instrumentos las estadísticas, los cuadros numéricos, las curvas y otros elementos semejantes, de los cuales todo calor humano está ausente, el autor nos recuerda, al ponerlo en el sitio debido, que el gran actor de la historia es el hombre. El hombre, sujeto a la fuerza de pasiones e intereses pero, por sobre todo, ser espiritual, libre e inteligente. Es la obra propiamente humana la que permite encontrar el verdadero rostro de una nación o de una época. Por eso, consciente el autor de esta verdad, ha escrito una historia integral, hasta donde ello es posible, en que se procura estudiar las manifestaciones humanas en los múltiples campos que, en su conjunto, constituyen la historia.

Sin embargo, este calor humano que vibra, contenido, en las líneas del libro, no perturba la visión del autor. Difícil será hallar una obra de tal naturaleza más libre de calificativos y adjetivaciones y más llanamente escrita. Y será difícil también encontrar otra que se incline con más interés sobre los hombres, sean ellos, por ejemplo, el gobernador Meneses, "Barra-bás", o el gran obispo Alday, o ante sus creaciones, trátese, para seguir en el campo de los ejemplos, de las cartas de Pedro de Valdivia, o de la institución de la esclavitud indígena.

Nos parece que aquí está el máximo mérito de la obra de Eyzaguirre. Insuficientes hubiesen sido los conocimientos del autor, su erudición extensa, su dominio de las corrientes historiográficas chilenas y su limpidez literaria, sin ese toque, que convierte a su libro en uno de los de mayor importancia escritos en muchos años, dentro del campo de la historia chilena.

Si se reflexiona bien, ese toque viene a ser el distintivo entre el erudito y el historiador. Para el primero (absolutamente necesario, por lo demás), su tarea tiene término en el hallazgo y la presentación ordenada de los datos. El segundo puede, siempre en forma científica, transformar la materia que se le ofrece o que ha encontrado por sí mismo en algo vivo y orgánico. Si Eyzaguirre ha logrado tal resultado, ha sido porque su estatura es más alta que la del simple erudito.

¿Defectos? Estamos ante una obra humana, y como tal no puede carecer de ellos. Dejando aparte pequeños errores sin importancia, en que más de una vez la imprenta habrá tenido su parte, podrían señalarse otros de más bulto. No faltará, por ejemplo, quien eche de menos una breve descripción geográfica de nuestro territorio, necesaria en ciertos momentos para la buena comprensión de la historia. Habrá quienes disientan de la transformación del barroco, de categoría estética, en signo definitorio y explicativo de una época. Podrá pensarse que a veces no se hace la debida distinción entre clases sociales y grupos raciales. Y así otros más. Pero se trata de fallas parciales, sujetas incluso a controversia, y que no afectan la reciedumbre del conjunto.

No puede dejar de señalarse el rico conjunto de grabados que complementa esta obra. Retratos, planos, dibujos contemporáneos de costumbres o paisajes, monedas, edificios, todo está allí. Cabe lamentar, sí, que la impresión haya tenido aquí un traspiés, ya que su tono general es excesivamente oscuro.

Sólo queda desear la aparición del segundo tomo de este libro, para contar así con una historia de Chile sólida, segura y humana, al par que relativamente breve.

Javier González

Walter Hanisch Espíndola, S. I.: TRES DIMENSIONES DEL PENSAMIENTO DE BELLO: RELIGION, FILCSOFIA, HISTORIA. En *Historia*, 4, 1965. Instituto de Historia. Universidad Católica de Chile. Pp. 7-163.

El centenario de la muerte de don Andrés Bello, recordado en 1965, hizo surgir un conjunto muy estimable de estudios monográficos, además de muchos trabajos de conjunto de menor pretensión científica. Se podría afirmar, sin embargo, que todavía su figura ofrece muchos aspectos merecedores de estudio más amplio o más ponderado. Decimos esto último porque de más de un trabajo últimamente aparecido se desprende la impresión de un Bello dotado de contornos que no parece haber tenido. Que fue el máximo humanista americano, que su criterio le hizo el consejero autorizado de nuestro gobierno, que en muchas materias fijó pautas y orientaciones, todo eso es evidente y aceptado. Pero cuando se le quiere presentar, aunque sea con aparente fundamentación documental, como el rector de nuestra política internacional en tiempos de Portales o como el padre de la república conservadora, se están ciertamente traspasando los límites de la historia, para llegar al campo de la fantasía. Por otra parte, la personalidad real de don Andrés no nos ha sido todavía ofrecida en forma objetiva, desprovista del halo apoloógico que vemos en Amunátegui, Orrego y otros autores.

El estudio que comentamos es ponderado, y nos da datos para conocer ciertas facetas de índole íntima en la vida de don Andrés. Su utilidad es, pues, manifiesta.

Para analizar el aspecto religioso de su vida el autor aprovecha muy numerosos testimonios, de índole diversa. Aparece claro, a través de las páginas del P. Hanisch, que Bello mantuvo siempre su adhesión personal a la fe católica, si bien una carta de Blanco White de 1821 nos hace ver que atravesó por una crisis grave, aparentemente de no larga duración. En cuanto a la parte doctrinal, también parece fuera de duda que don Andrés sostuvo, en sus días londinenses, en forma indirecta y quizás sin plena conciencia, proposiciones no del todo conciliables con la ortodoxia. De particular interés nos parece la pintura que hace el autor de las corrientes religiosas inglesas de la época, que hacen explicable una falta de precisión doctrinal. Pero sobre el catolicismo de Bello, delicadamente piadoso a través de muchas manifestaciones que recoge el P. Hanisch, no se debe dudar.

La exposición de la filosofía de Bello ocupa una parte muy importante dentro del estudio comentado. El P. Hanisch ha sistematizado el pensamiento de Bello basándose no sólo en su *Filosofía del entendimiento*, sino en multitud de artículos que tratan, directa o indirectamente, temas filosóficos. No ha querido él entrar en un trabajo propiamente crítico y ha pre-

ferido, más que todo, indicar influencias y fuentes de inspiración. No fue Bello un filósofo original, y es demasiado pretender que lo hubiese sido en nuestra América y en el siglo XIX. Pero su gama de conocimientos era amplia, y su comprensión de los problemas filosóficos a menudo aguda y certera. De las páginas de este estudio se desprende su poco amor por la metafísica y la escolástica, su predilección por las cuestiones gnoseológicas y su preocupación por la lógica y la psicología. Berkeley, ciertas teorías de la escuela escocesa, el eclecticismo francés, son algunas de sus fuentes de inspiración.

La historia fue también uno de los temas favoritos de don Andrés, presente a través de innumerables artículos de prensa. No sólo le preocupó, como es de todos sabido, la manera de escribirla, sino que trató también numerosos puntos concretos, especialmente relativos a América. Además de la distancia que prudentemente mantuvo siempre de las teorías generales, que no le seducían, hay otros aspectos característicos de la manera que tuvo Bello de abordar temas históricos. A pesar de haber participado en los afanes de la independencia, cuando se trata de juzgar a España y su obra deja a un lado los sentimientos, y procura llegar a conclusiones objetivas. Tiene un concepto fundamentalmente histórico del desarrollo de las naciones, y no piensa que la circunstancia de estarse viviendo en una nueva etapa ha de hacer abominar de la anterior. Esa misma concepción le hace percibir las posibilidades de que la América hispana, entonces dividida, pudiese de algún modo en el futuro alcanzar una suerte de unidad, dado que eran tantos los elementos comunes todavía vivos. Y así encontramos, como éstas, múltiples facetas de un pensamiento que por primera vez ha sido presentado organizadamente y en forma completa.

El P. Hanisch ha rendido con este estudio homenaje valioso a don Andrés, poniendo ante nuestra vista caras poco estudiadas de sus ideas.

Javier González

*Guillermo Feliú Cruz: CONVERSACIONES HISTORICAS DE CLAUDIO GAY CON
ALGUNOS DE LOS TESTIGOS Y ACTORES DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE.
1808-1826. Santiago de Chile. Editorial Andrés Bello. 1965.*

Quedará siempre como uno de los aciertos del Ministro Portales, en las horas de su omnimodo poder, el contrato que celebró en 1830 con el científico francés Claudio Gay para la redacción de la *Historia física y política*

de Chile. Si bien el propósito básico de la obra era el estudio y descripción del territorio nacional, donde el autor podía explayar su vocación de botánico y zoólogo, los ocho volúmenes que del total de veinte él consagró a la historia política de Chile, aunque plenamente superado por trabajos posteriores, representan para su tiempo un apreciable aporte. Sin duda su mayor valor descansa en el aprovechamiento por Gay de los testimonios de actores de la época de la independencia, que recogió en largas y sostenidas entrevistas. Los apuntes que debió tomar de los diálogos con hombres de singular relieve como O'Higgins, San Martín, Freire, Pinto, Salas, Infante, Prieto y otros patriotas, parecen definitivamente perdidos. No así, en cambio, las notas de sus conversaciones con algunos personeros del bando realista como Ignacio Arangua, Juan Francisco Meneses, Lorenzo Plaza de los Reyes, Domingo Salvo, José Ruedas, Clemente Lantaño, etc. Gracias al empeño del fervoroso bibliógrafo don Guillermo Feliú Cruz, estas anotaciones, guardadas en el Archivo Nacional, se dan ahora a luz precedidas de un extenso y erudito prólogo del compilador sobre la génesis, vicisitudes y valor de la *Historia* de Gay. Los textos, escritos originalmente en francés, fueron vertidos al castellano por el profesor señor Luis Villablanca, con no escasa dificultad, dada la forma somera y no siempre ordenada con que Gay hizo sus anotaciones. Lo que se entrega así al público no puede considerarse, pues, una traducción literal, sino más bien una versión realizada con el mayor cuidado posible de aquellos apuntes.

En este desigual conjunto de notas, llaman la atención los rasgos humanos que se consignan sobre algunos de los últimos gobernadores del reino de Chile. De don Ambrosio Benavides se escribe: "Hombre muy virtuoso. Le gustaba con pasión la carpintería. Un día se fabricó un catre y mandó buscar después un carpintero para preguntarle lo que valía. Le contaron un tanto. Tomó entonces esta suma y la distribuyó a los carpinteros, diciéndoles que él se las había robado. Hacía muchos objetos de mueblería que vendía en provecho de los pobres. Su sueldo lo distribuía en tres partes: una para sus hermanos; otra para él; y la tercera para el Obispo Alday para que la distribuyese entre los pobres".

He aquí un retrato de don Gabriel de Avilés: "Era devoto en extremo y de costumbres sencillas. Iba todos los días a misa a Santo Domingo y cada día daba un paseo de unas cincuenta cuadras, acompañado de su perrito, que aún ponía encima de la mesa en las horas de comida. A su vuelta del paseo, si a la entrada del Palacio pasaba el Santísimo Sacramento para un enfermo, inmediatamente salía y lo acompañaba aún cuando fuera en el rancho más indigente. Antes de salir de la casa del enfermo dejaba siempre un peso para comprar gallina para su dieta".

Don Mariano Osorio aparece como un gobernante en extremo laborioso, glotón, entusiasta por el juego de pelota, el volantín y el rocambor. "Quería mucho a los animales y los poseía de toda especie en su casa, hasta un caballo que venía a comer a su mesa. Tenía también un enano...".

Es interesante la opinión que vierte don Juan Francisco Meneses sobre el movimiento emancipador: "La revolución de Chile fue hecha por personas decentes. El pueblo no tomó participación alguna en ella. Fue sólo después de la batalla de Maipú cuando se popularizó la revolución. Hay que dejar bien establecido de que el rey era idolatrado por el pueblo, pues éste no había sido vejado nunca ni atormentado por sus presidentes, como en los demás países de América; y se puede decir que los presidentes de Chile gobernaban paternalmente, tomando siempre la defensa del pueblo cuando trataban de no hacerle justicia". Este parecer guarda concordancia con lo estampado por don Francisco Antonio Pinto en sus memorias, en que hace un cumplido elogio de los representantes de la corona que él alcanzó a conocer en su niñez y juventud.

En extremo, pintorescas son las referencias al guerrillero Vicente Benavides aportadas por don Juan Castellón, y poco halagadores los datos de don Juan Miguel Benavente sobre el nepotismo y las torcidas manipulaciones económicas de don Juan Martínez de Rozas.

El compilador, señor Feliú Cruz, ha agregado a las notas de Gay dos apéndices documentales. En ellos se incluye un curioso relato de la vida política y militar entre el desastre de Cancha Rayada y el triunfo de Maipú, redactado por John Thomas sobre la base de informaciones de O'Higgins y del capitán P. N. Sepúlveda; y asimismo cartas ilustrativas al historiador Barros Arana de don Francisco Antonio Pinto, don José María de la Cruz, don Manuel Riquelme y otros. Son nuevos aportes acerca de una época llena de ideales y pasiones, heroísmos y violencias.

Jaime Eyzaguirre

Robert N. Burr: BY REASON OR FORCE: THE BALANCING OF POWER IN SOUTH AMERICA, 1830-1905. University of California Press. Berkeley and Los Angeles. 1965.

El presente estudio, obra del profesor de historia latinoamericana de la Universidad de California, Robert Burr, es una novedosa interpretación del significado de la política exterior chilena dentro del sistema de naciones americanas y cuáles fueron sus líneas directrices en el período 1830-1905.

Ambas fechas marcan para el autor significativa trascendencia: En una se consolida internamente el estado chileno y en la otra y en virtud de los acuerdos a que llega Chile con Argentina, mantiene aquel su posición de equilibrio en el continente y la hegemonía en la costa del Pacífico.

Para el profesor Burr en la acción internacional chilena existe una continuidad manifiesta distinguiéndose en su desarrollo externo dos momentos fundamentales: el primero que denomina de poder regional, consolidado a partir de la guerra contra la Confederación Perú-boliviana y que robustece a la naciente República y un segundo que arranca de 1879 y que designa como de poder continental y que se encamina a lograr una posición de preeminencia, dentro de las naciones de Sudamérica.

La política exterior chilena, para llevar a cabo tal propósito, actuó dentro de las reglas empleadas por las grandes potencias de la época y no es de extrañar por eso que sus métodos se concretaron a la formación de alianzas y ententes, coacciones económicas, ultimatum, fuerzas armadas, aplicación del principio de "divide et impera", etc., que no nos explican su sólido prestigio internacional. En la evolución internacional de Chile, Burr concluye: "que estuvo ligada a la tendencia general de su desarrollo interno y que sólo cuando ésta se consolidó hubo expansión y contactos más serios con otras naciones. Así, a los intentos iniciales con Perú y Bolivia, se sucede una etapa de aproximación e influencias en otros países con el objeto de crear una favorable estructura a su sistema, empleando para tal efecto una balanza de poder propicia a sus intereses que logró crear durante mucho tiempo una tuición sobre la costa del Pacífico ya sea por la razón o la fuerza".

La lectura del libro plantea ciertos interrogantes. Parece desprenderse una continuidad de miras en la diplomacia chilena: como que todo su desarrollo obedeciese a un plan determinado; idea discutible sobre todo una vez superada la etapa organizativa.

Por otra parte, la acción expansiva que se atribuye al gobierno chileno bien puede someterse a diversos comentarios. Recordemos que la Guerra contra la Confederación fue eminentemente defensiva, que fue desde el Perú de donde partió una expedición destinada a producir una revolución en Chile y que ya en 1830 el Protector Mariscal Santa Cruz, había propuesto al gobierno francés un protectorado sobre Chile a cambio de su apoyo en sus intentos por restaurar el antiguo imperio de los incas.

Vale la pena también anotar los esfuerzos de don Antonio Varas en favor de la independencia de los países hispanoamericanos que se tradujeron en las gestiones de 1855, destinadas a parar los intentos norteamericanos de anexar al Ecuador, y en el Tratado que propone en 1860 de alian-

za continental que al fin ratifica sólo Ecuador. Ambas actitudes se explican más bien dentro de una postura romántica que por intentos imperialistas.

Mejor ejemplo es todavía la guerra con España en la cual Chile se embarcó quijotesicamente para detener los intentos reivindicacionistas europeos en Hispanoamérica, no contando con el apoyo de ningún país y siendo profundamente mal mirado por los Estados Unidos que se inclinaba a favor de España. En 1881, Chile cede la Patagonia. Y así tantos otros ejemplos.

El libro, es sin embargo un trabajo serio, de gran calidad científica y que bien convendría dar a conocer en alguna próxima traducción.

Patricio Estellé Méndez

Sergio Correa Bello: "EL CAUTIVERIO FELIZ" EN LA VIDA POLITICA DEL SIGLO XVII. Editorial Andrés Bello. Santiago. 1965.

La narración autobiográfica de los meses que pasó como cautivo entre los araucanos en 1629 el Capitán Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, ha sido objeto de diversas interpretaciones. Sin embargo, a juicio de Sergio Correa, ninguna de ellas ha conseguido captar integralmente su contenido (p. 36). Por eso se propone estudiar nuevamente el documento, considerándolo como fuente de conocimiento histórico. En lugar de comenzar por preguntarse por el género literario a que pertenece la obra, plantea el análisis a partir de la intención del autor: a partir de "los motivos que determinaron a Bascuñán a entregarse a la tarea de redactar un libro" (p. 37). En el modo de tratar el tema se advierte el influjo del método empleado entre nosotros por el Prof. Meza Villalobos en su conocida investigación sobre *La conciencia política chilena durante la monarquía*.

El trabajo mismo está dividido en dos partes: una primera en la cual se nos presenta el libro de Bascuñán, su difusión y las interpretaciones de que ha sido objeto. Es la introducción en el tema. Luego se examina la vida del autor hasta la época en que dio término a la composición del *Cautiverio*, los motivos que tuvo en vista para escribir, su pensamiento político y, finalmente, la estructura misma de la obra. Termina con una sobria conclusión donde se recogen los resultados de la investigación.

En síntesis, para Correa Bello, el *Cautiverio Feliz del Maestro de Campo General Don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán y Razón Individual de las Guerras Dilatadas del Reino de Chile*, como reza su título completo, es un memorial político dirigido al Rey con el objeto de darle a conocer la

verdadera situación del Reino de Chile, a causa de la cual se halla en peligro de perderse. El relato del cautiverio y la exposición de los males que aquejan a la patria, guardan así una estrecha relación, sugerida ya por el título mismo. El conocimiento directo de los araucanos, adquirido durante los meses de permanencia entre ellos, sirve al autor de pretexto para introducir el tema, de apoyo para dar fuerza a sus afirmaciones y de recurso para amenizar las disertación. Desaparece, pues, esa aparente dualidad de asunto que resultaba inexplicable para los intérpretes y comentaristas anteriores, desde Barros Arana hasta Miguel Luis y Domingo Amunátegui.

Para llegar a esta conclusión, Correa Bello examina prolijamente los móviles de Pineda y Bascañán. Este es el punto central de su estudio y, sin duda, el aspecto más logrado y de mayor interés, pues nos permite penetrar en el pensamiento político de un chileno del siglo XVII.

El punto de apoyo sobre el que se estructura todo *El Cautiverio* es la convicción de que si el rey estuviera informado verazmente, pondría remedio a la situación de Chile. Es decir, la obra descansa sobre "un supuesto doctrinario: su concepto de la función real. En la teoría política expuesta por el autor se nos presenta el monarca como servidor del bien común. Esta concepción a la par que explica su existencia, implica determinar el contenido de su acción" (p. 81). De acuerdo con esto la composición del *Cautiverio* obedece a dos razones primordiales estrictamente ligadas entre sí: la intención de servir al rey y el deseo de servir a la patria. El amor al rey y a la patria. "La intención de servir al rey y al mismo tiempo de salvar a la patria responde a una clara conciencia de su deber para con ambos. No existe, desde luego, posibilidad de conflicto entre el servicio de una y de otro; ambas son obligaciones coincidentes y por tanto recíprocamente transferibles ya que, siendo la patria dominio real, al defenderla se cumple a la vez como vasallo, en tanto resguarda el patrimonio de su señor, el rey, y como patriota en tanto vela por la conservación del suelo en que ha nacido" (p. 78). O con palabras del propio Bascañán: "lo que ha movido mi pluma a poner por escrito estas claras verdades y manifiestas" es el deseo de "manifestar el celo ardiente que a mis obligaciones acompaña de leal vasallo del Rei N. S. y de hijo fervoroso de esta desdichada patria" (p. 79).

Visto de esta manera, el memorial de Bascañán nos permite adentrarnos en el mundo de intereses, preocupaciones y sentimientos del siglo XVII chileno. La sensación de los beneméritos de que con ellos se comete una injusticia por no respetarse la situación de privilegio establecido en su favor por las leyes. La crisis del interés por el oficio de las armas entre "Los más nobles hijos de la patria", atribuida por Bascañán al mismo motivo. "La aspiración de los beneméritos de Indias a ocupar el gobierno de los reinos fundados por sus antepasados" (p. 92). El sentimiento patrio

y la inquietud por la suerte del Reino. El servicio del rey como supuesto de toda acción política en el Chile de la época. La dignidad de que se sentía revestido el vasallo chileno en este tiempo, la cual "se manifiesta cada vez que estima que sus derechos son vulnerados o cree comprometida su seguridad o su bienestar" (p. 76). Una nota del señor Correa a propósito del pensamiento político puede servir de aviso sobre el caudal de contenido que revela el *Cautiverio* al lector acucioso. Comenta Correa: "todo el pensamiento político que aquí se expone (salvo el referente a la razón de estado) se había configurado ya en los primeros siglos de la Edad Media como lo ha demostrado el Prof. García-Pelayo en su excelente estudio *El reino de Dios arquetipo político*. Encontrar expuesta esta teoría en todas sus partes en un libro del siglo XVII demuestra, a nuestro juicio, la notable supervivencia de los ideales políticos cristianos" (p. 103).

El trabajo que comentamos constituye un buen exponente de lo que está llamado a dar de sí el estudio serio de los documentos como fuente de conocimiento histórico. Al margen de las reflexiones a que pueda dar lugar la exposición del autor es forzoso agradecerle dos cosas. En primer término, que nos acerque a la vida cotidiana del siglo XVII con sus anhelos, descontentos, preocupaciones e intereses, y en segundo lugar, que haya conseguido penetrar con notable fidelidad en el pensamiento del autor analizado, resolviendo así el problema central de interpretación del *Cautiverio*.

El tema es de verdad interesante. Por eso habría sido de desear que el libro no se limitara a exponer las ideas de Bascuñán. Junto a lo que dice, es importante conocer lo que deja de decir y en consecuencia su posición personal frente a las cuestiones políticas de su tiempo. Los sectores de quienes se hace intérprete y aquellos a quienes combate, los intereses y aspiraciones que deja traslucir su pluma, cuyo acento polémico resulta innegable. Pero ello rebasa el propósito del autor y no cabe reprochárselo. En cambio, a nuestro parecer debió destacar la importancia que tiene a los ojos de Bascuñán su explicación providencialista de la situación chilena. Es decir, la atribución de los desastres del Reino a los vicios de sus pobladores, gobernantes especialmente, que traen sobre la tierra el castigo divino. Sólo de este modo entiende él que los indios, bárbaros e infieles hayan podido derrotar y destruir a los cristianos. Incluso la propia visión idealizada de los indios aparece ligada a este modo de pensar, como un modo de ponderar los abusos que se cometen entre los cristianos. El ejemplo de los indios se muestra muchas veces como un recurso para reforzar sus propias ideas.

Finalmente, señalemos que un estilo y una redacción más cuidadosos darían al trabajo de investigación que comentamos la presentación a que es acreedor.

Bernardino Bravo Lira

Alvaro Jara: FUENTES PARA LA HISTORIA DEL TRABAJO EN EL REINO DE CHILE. Legislación - Tomo I. Universidad de Chile. Centro de Investigaciones de Historia Americana. Santiago de Chile. 1965.

Este volumen inicia la nueva Serie Documental y Bibliográfica entre las editadas por el Centro de Investigaciones de Historia Americana de la Universidad de Chile.

El Profesor Jara, autor de estimables investigaciones sobre el trabajo en el Reino de Chile, ha puesto su vasta experiencia en la publicación de documentos al servicio de un anhelo sentido por quienes se interesan en estas materias: disponer en un cuerpo coherente y de fácil manejo de las ordenanzas y disposiciones relativas a la legislación laboral chilena en el período indiano.

Consta la obra de tres partes. En la primera se contienen diversas normas que van desde las ordenanzas de minas de oro dadas por Pedro de Valdivia en 1546, hasta la transcripción del título 16, libro 4º, de la Recopilación de Leyes de Indias de 1680, sobre los aborígenes de Chile. La segunda parte está formada por acuerdos de cabildo, reales cédulas y reales provisiones sobre asuntos de trabajo y finalmente, en la tercera parte, se encuentran disposiciones similares dictadas en el siglo XVII. La legislación del resto del período indiano será materia de un segundo volumen, según nos informa el autor.

Son evidentes la utilidad y la necesidad de este libro. El material reunido por el profesor Jara está disperso en obras que no siempre son de fácil acceso. Aún el investigador que cuenta con una biblioteca especializada, se ve a menudo frente a graves dificultades para consultar algunos de estos textos legales. Es comprensible, en consecuencia, que el estudiante deba encararse con mayores problemas si desea conocer el contenido de una ordenanza o de una instrucción particular.

La obra, lo repetimos, a más de ser un instrumento cómodo para el investigador, tiene un eminente carácter didáctico. Quien la examine, aún en forma superficial, podrá comprobar que cada texto legal está presentado con

una glosa y con la mención del archivo en que se encuentra y, si está publicado, con la indicación pertinente. Y nada más. No hay una nota o prólogo, por breve que sea, que dé explicación alguna. Suponemos que el experto en historia del trabajo no ha de recurrir a ella. Pero si pensamos en el alcance didáctico de la recopilación del profesor Jara, creemos que debió darse una orientación, muy esquemática, sobre el alcance y circunstancia de los documentos publicados, si no de todos, a lo menos de los más importantes. El autor, adelantándose a objeciones como la nuestra, manifiesta públicamente su horror a los prólogos largos y eruditos, de los que en Chile hay ilustres y caudalosos colaboradores. Pero no son esos prólogos, de tan intenso perfume decimonónico, los que añoramos. El profesor Jara pertenece, con toda seguridad, al grupo de espíritus que marcha al compás contemporáneo. Nos congratulamos de ello y pensamos que habrá observado la general apatía del estudiante universitario frente a todo lo que signifique independencia de criterio y rigor científico. Para aquél, no habrá diferencia visible entre la tasa de Santillán y la de Gamboa o entre la de Esquilache y la de Laso de la Vega. Y no se preocupará mucho en hacer una comparación de ellas. Así —es penoso decirlo— lo demuestra diariamente la experiencia docente. Esto nos lleva a preguntarnos si no habría sido de utilidad completar y perfeccionar esta recopilación, no cargándola con lujos eruditos sino adicionándola con notas aclaratorias. Un ejemplo hará visible lo que afirmamos. En las páginas 148 a 171 de la obra que comentamos, se han transcrito las disposiciones que sobre los indios de Chile contiene la Recopilación de 1680, en especial las leyes 1 a 67, tit. 16, lib. 6. Si quien utiliza la obra es singularmente curioso, podrá advertir que el profesor Jara empleó para dicha transcripción el texto que, en impresión facsimilar de la de 1791, se ha publicado en Madrid el año 1943. Además, observará que, por tratarse de disposiciones de fines del siglo XVII, deben haber significado la derogación de las anteriores tasas vigentes, es decir, con toda verosimilitud, la de Laso de la Vega de 1635. Continuemos suponiendo en quien emplea el libro del profesor Jara una enorme avidez por conocimientos histórico-laborales. Si compara la ley 1, tit. 16, lib. 6 de la Recopilación con la ordenanza I de Esquilache, notará que, salvo variaciones de detalles, ambos textos son análogos. Y estas semejanzas se repiten con tal insistencia que podrá pensar que la tasa de Esquilache fue incorporada a la Recopilación de 1680. ¿Qué ha pasado, entonces, con la tasa de Laso de la Vega, posterior a la de Esquilache? Después de las investigaciones de Salvat y Góngora sobre este punto, bien sabemos a que atenernos. Y no hay por qué pensar que el estudiante —y muy a menudo el profesor— conozca las conclusiones de los citados historiadores. Un texto moderno debe recoger en forma breve —cinco o diez líneas— el estado actual de las cuestiones que plantean casi todos los textos legales de mayor envergadura que

han sido publicados por el profesor Jara. Y da la casualidad que existe un conjunto de trabajos de interés sobre buena parte de ellos.

Creemos que los instrumentos para el estudio de la historia —esta recopilación lo es— deben tener plenamente el carácter de tales. Deben, en consecuencia, facilitar tal estudio y no pueden tener un sello tan excesivamente profesional que se acerque a lo críptico, propio sólo de los iniciados. Así como no podemos entender que se publique el facsímil de un muy largo documento del siglo XVII sin transcripción, para el puro goce estético del paleógrafo y del tipógrafo, nos cuesta comprender que el temor al largo prólogo —justo temor— lleve a la actitud opuesta de eliminar todo lo que parezca una explicación.

Fernando Silva

Carlos Radicati di Primeglio: LA "SERIACION" COMO POSIBLE CLAVE PARA DESCIFRAR LOS QUIPUS EXTRANUMERALES. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima. 1964.

En esta monografía el autor, a través del examen de lo que él denomina "un archivo precolombino de quipus", llega a la conclusión de que estos objetos, descritos por la mayoría de los cronistas de la conquista peruana, fueron utilizados por los antiguos incas como un verdadero medio de expresión gráfica. La tesis no es nueva ya que anteriormente Leland Locke y Erland Nordenskiöld, entre otros, sugirieron tímidamente la posibilidad de que ellos pudieran ser la manifestación de una escritura incaica.

El quipu, como lo describe el profesor Radicati, es un objeto compuesto por "una cuerda gruesa o principal de uno o más colores, de la cual cuelgan, a manera de franja, cuerdecitas más pequeñas, de diferentes colores también, en las que se distinguen varias clases de nudos". El autor realizó un exhaustivo y minucioso análisis de seis quipus, pertenecientes a su colección particular, que provenían de una tumba ubicada "en un lugar del valle del Santa", y se detiene en la seriación o "agrupación que en ellos se advierte de las cuerdas colgantes, las cuales forman series de un número igual de cuerdas (dos, cuatro, diez, etc.), series que permanecen, por lo general, constantes a lo largo de todo el quipu". Este hecho llama la atención ya que, como señala Radicati, la seriación se distingue inmediatamente por la distancia entre cada cuerda o por los colores de la lana empleada en su confección. Es en este aspecto donde debe residir la capacidad expresiva de los quipus y, precisamente, a base de él se han sustentado las diversas teorías

que tratan de explicar su utilización por los incas. Para algunos investigadores tendrían un significado estrictamente numeral y debieron haber sido aplicados a fines meramente estadísticos (Leland Locke: *The ancient Quipu or Peruvians Knet Record*, New York, 1923); otros afirman que fueron instrumentos mágicos que reproducían la numeración resultante de ciertos cálculos astrales, colocándose en las tumbas para detener a los espíritus malignos (Erland Nordenskiöld: *The secret of Peruvian Quipu*, Goteborg, 1925). Por otra parte, Andrés Altieri al describir los quipus (*El Kipu Peruano*, Buenos Aires, 1937; *Sobre un Kipu Peruano*, Tucumán, 1939), dejó entrever la posibilidad de que ellos pudieran haber servido para algo más que expresar cantidades. Esta primera concepción de un valor extranumeral de los quipus viene a ser ampliamente confirmada en la obra del profesor Radicati.

Lo novedoso de la tesis del quipu ideográfico estriba en la comparación, sin que ello signifique una necesaria relación o contacto, entre los comienzos de la escritura china y la expresión ideográfica de los quipus. Ambas derivarían de prácticas mágico - adivinatorias; en efecto, los adivinos chinos utilizaron exagramas obtenidos de la aquilea, planta mágica, para dar respuesta a sus consultantes; con estos exagramas lograron "formar muchas combinaciones o figuras, cada una de las cuales fue designada con un nombre particular . . . Poco a poco, de esta práctica de adivinanzas fueron formándose los ideogramas de la escritura china".

Según Radicati, la etapa inicial de los quipus fue "muy parecida a la de los exagramas adivinatorios de los chinos: no es absurdo suponer que también los antiguos peruanos hayan podido hacer derivar de ella, mediante el mismo proceso de transformación, sus propios ideogramas, asignando a cada combinación serial el significado de una idea" —y de ello deduce que— "las operaciones mágico - adivinatorias dieron nacimiento a los tres sistemas de escritura que con insistencia señalan los cronistas: el de las cuentas con piedrecitas o granos practicada con instrumentos de casilleros, parecidos y que quizás se han confundido con los ábacos; el de las rayas de colores sobre madera llamado quilea; y, por último, el del quipu, cuya característica fundamental es la seriación". Esta conclusión es ampliamente confirmada por el testimonio de los cronistas, quienes, en diversas formas, relatan episodios en los que se asombraban al ver que "manojos de hilos" les servían a los incas para recordar situaciones pretéritas, como si se tratara, al decir de Fray Domingo de Santo Tomás, de una nueva e ingeniosa manera de escritura.

Indudablemente las evidencias puestas a luz por el profesor Radicati, llevan a pensar en la real posibilidad de encontrarnos frente a una perfecta forma de escritura ideográfica que utilizó como medio de expresión, al quipu. La tesis así planteada apasiona y ello, a nuestro juicio, es el mejor argumento en favor de la calidad del trabajo.

En resumen, una obra magníficamente ilustrada y de gran utilidad por las descripciones que contiene de los quipus, que, a no dudarlo, deben ser las más perfectas realizadas a la fecha, y que abre nuevas perspectivas en torno al problema de la escritura ideográfica de los incas, indicando una brecha para que futuras investigaciones logren resolver este enigma de la antropología americana.

Oswaldo Silva Galdames

Arthur Preston Whitaker: ESTADOS UNIDOS Y LA INDEPENDENCIA DE AMERICA LATINA (1800 - 1830). Traducción de Floreal Mazía. Buenos Aires. Editorial Universitaria de Buenos Aires. 1964.

Arthur P. Whitaker, personalidad sobradamente conocida por los estudiosos de la historia latinoamericana, ha entregado al público de habla española su excelente estudio sobre las relaciones de los Estados Unidos con los países latinoamericanos en el período de la independencia que fue publicado originalmente en Baltimore en 1941. La edición que aquí comentamos no ha sufrido ninguna enmienda respecto del texto original y aunque ya han transcurrido 25 años desde su aparición, el libro mantiene permanente actualidad y da origen a encontradas polémicas.

Años antes de esta publicación de Whitaker, el estudio del profesor Charles C. Griffin, *The United States and the Disruption of the Spanish Empire, 1810 - 1820. A Study of the Relations of the United States with Spain and with the Rebel Colonies* (New York, 1937) abrió una ruta e intentó una interpretación general. Griffin se centró fundamentalmente en las negociaciones que culminaron en el Tratado de Florida de 1819 y logró cubrir con acierto una década extremadamente difícil de explicar en sus pormenores y de describir en sus detalles. El autor proporcionó muchas y novedosas informaciones, corrigió algunos postulados erróneos y aclaró varios aspectos confusos, contribuyendo así a complementar los estudios que respecto de Europa, los Estados Unidos y la emancipación latinoamericana habían trazado célebres autoridades como William S. Robertson, C. K. Webster, Philip C. Brooks y James Johnston Aucmuty. No cabe la menor duda que Whitaker aprovechó en gran medida las informaciones de Griffin, pero su trabajo es mucho más amplio no sólo por cubrir un período cronológicamente mayor, sino también por tratar temas que Griffin relegó a un segundo plano.

El trabajo de Whitaker es, sin lugar a dudas, convincente y hasta cierto punto definitivo. El autor no sólo valora y juzga con extremada rigidez

informaciones e interpretaciones entregadas por otros historiadores, sino que a base de un re-examen de las fuentes, logra conclusiones lógicas que resisten los más severos análisis. Partiendo de los contactos entre los Estados Unidos y América Latina en el siglo XVIII ha elaborado un total de veinte y un capítulos que siguen entre sí un orden cronológico en torno a un tema bien definido. Llamen la atención aquellos que se titulan "La gran política de 1808", "Una neutralidad imparcial", "La espera vigilante", "El papel de la marina (1815-1823) y especialmente "Lo que quiso decir Monroe". En ellos —como en los restantes— Whitaker ha trazado panoramas completísimos aprovechando una cantidad verdaderamente asombrosa de fuentes, que no dejan lugar a dudas de la seriedad de la investigación. Es igualmente importante el papel que el autor asigna a la opinión pública norteamericana que ve reflejada en los diarios y publicaciones periódicas. Si alguna crítica de orden general pudiera hacerse, ella no sería otra que lamentar la falta de un resumen o sumario final que dé a conocer las líneas generales de todo el proceso que se desarrolla entre 1800 y 1830 y la interpretación global del mismo que le merece al autor. En verdad este sumario nos parece indispensable, pues por la extraordinaria riqueza de detalles con que están ilustrados los capítulos, las múltiples discusiones de fuentes e interpretaciones y las continuas referencias comparativas, el lector pierde en forma frecuente las líneas generales del proceso y desarrollo. Sin embargo, Whitaker deja entrever algunos aspectos de gran importancia.

El gobierno y pueblo norteamericano miraron con simpatía la lucha por la independencia de las colonias españolas. El comercio norteamericano se vio afectado en parte entre 1808 y 1815 por la situación imperante en la América del Sur. El comercio de granos entre España y los Estados Unidos sufrió algún menoscabo con los embargos decretados por Jefferson y Madison, como igualmente con la guerra anglo-norteamericana de 1812. Los Estados Unidos no dieron su ayuda oficial y no reconocieron de hecho la existencia de los Estados Latinoamericanos hasta después de 1815, dadas las negociaciones que tenían con España respecto del territorio de La Florida, área en la cual el interés norteamericano databa desde muy antiguo. Para Whitaker no cabe duda que los Estados Unidos siempre estuvieron dispuestos a sacar ventajas de la situación de discordia que reinaba entre los países europeos y entre España y sus colonias, tras la consolidación de sus fronteras naturales y de la ampliación de su influencia en el Hemisferio Occidental. En ello, Whitaker sigue de cerca la premisa sentada por el erudito investigador de la Historia Diplomática de los Estados Unidos, Dr. Samuel F. Bemis, quien al estudiar el Tratado de Pinckney o Tratado de San Lorenzo el Real (26-X-1795) ha sostenido que las ventajas norteamericanas se derivan de las desgracias de Europa ("America's Advantages from Europe's Distress").

El Dr. Whitaker establece en la introducción de su estudio que el período que corre desde fines del siglo XVIII hasta 1830, desde el punto de vista de las relaciones de los Estados Unidos con América Latina, posee unidad, integridad y carácter propios. Esta afirmación no merece hoy en día ninguna duda y es aceptada universalmente. En este período hay, sin embargo, un hito principal que lo constituye la Doctrina Monroe y es, a nuestro juicio, el tópico sobre el cual el autor ha hecho su más grande contribución, especialmente en lo que respecta a los propósitos que tuvo el Presidente Monroe en su Mensaje del 2 de diciembre de 1823.

Durante muchos años los orígenes y propósitos de la Doctrina Monroe han sido ampliamente debatidos, y puede decirse que hay ya tantas interpretaciones como historiadores e internacionalistas se han preocupado del problema. Multitud de monografías, ensayos y artículos se han centrado sobre la actitud de Inglaterra y Canning, la intervención de Rush, las reacciones de Monroe, Adams y Jefferson, la posición de la Santa Alianza y las pretensiones de Rusia. Whitaker toma en consideración todos los antecedentes posibles sobre el problema y luego de debatirlos y re-examinar las fuentes, concluye adoptando una posición novedosa. En especial Whitaker polemiza con dos célebres autoridades sobre el tema: el Dr. Dexter Perkins, historiador oficial de la Doctrina Monroe, y Edward H. Tatum, Jr.

Dexter Perkins, en su libro *The Monroe Doctrine, 1823 - 1826* (Cambridge, 1927) sostiene que "la famosa declaración del 2 de diciembre de 1823 tuvo un doble origen y un doble propósito. Por una parte, fue el resultado del avance ruso en la costa noroccidental de América y estuvo dirigido con la intención de servir de protesta contra este avance y establecer un principio general contra la expansión rusa . . . Por otra parte, la Doctrina fue promovida por el miedo a la intervención europea en América del Sur que restauraría para España sus colonias emancipadas, y pretendió advertir que los Estados Unidos hostilizarían cualquier clase de intervención". Edward H. Tatum en *The United States and Europe, 1815 - 1823* (Berkeley, 1936), sostiene que "Inglaterra era el poder clave en la formación de la política exterior de los Estados Unidos. . . y debería recordarse aquí que aún para aquellos que propiciaban unirse a Inglaterra en una declaración conjunta de la política a seguir, lo hicieron principalmente porque pensaron en un medio para proteger a su país de la hostilidad británica".

En cambio, el planteamiento de Whitaker es totalmente diverso. Concuere en parte con Perkins que hacia el otoño de 1823 las relaciones anglo-americanas se habían deteriorado, pero no comparte la opinión de Tatum en el sentido que lo Doctrina fue dirigida contra Inglaterra como forma de proteger a los Estados Unidos. Whitaker sostiene que el Presidente Monroe y sus asesores se dieron cuenta que una declaración anglo-americana frente

a la Santa Alianza era imposible y que en estricta verdad Inglaterra era un rival fuerte para los Estados Unidos en el ámbito del Nuevo Mundo. Pero ello no significa que la Doctrina fuera dirigida contra Inglaterra, sino que lo fue contra Francia, el único poder capaz de recobrar las antiguas posesiones españolas en América. Por otra parte Whitaker señala que es perfectamente posible que Monroe y Adams tuvieran a Rusia en mente cuando el primero pronunció su mensaje, como también es posible que pensarán en otras naciones de Europa que con ojos codiciosos miraban el vasto territorio del oeste norteamericano.

El capítulo XVII, pp. 366-387 titulado "Lo que quiso decir Monroe" está dedicado completamente al planteamiento de esta tesis. No cabe duda que la argumentación de Whitaker es convincente y quizás la única crítica que pudiera hacerse es sobre las fuentes que utilizó para llegar a su planteamiento: las declaraciones y papeles personales de Monroe en 1823 y 1824. ¿Son ellas las más adecuadas? Los críticos de Whitaker están en desacuerdo a este respecto, pero de todas maneras las pruebas que el autor aduce son irrefutables. El problema reside fundamentalmente en la interpretación.

Finalmente, otro aspecto del libro que merece ciertas dudas está en conexión con la valorización que el autor hace sobre el interés norteamericano por América Latina en los cincuenta o sesenta años posteriores al quinquenio 1825-1830. Las afirmaciones respecto de este tema nos parecen un poco apresuradas y muchas de ellas son debatibles. Estimamos que hay muchos tópicos no suficientemente investigados y es indispensable explorar muchas fuentes para llegar a conclusiones tan serias como las que obtiene Whitaker.

Al lector de la obra que comentamos no dejará de extrañar la cantidad verdaderamente asombrosa de referencias y citas que el autor entrega en sus notas. Posiblemente no se haya logrado una bibliografía más completa sobre el tópico que la utilizada por Whitaker. El compendio bibliográfico final —agrupado en torno a varios ítem— es de extrema utilidad especialmente por el juicio crítico del autor sobre cada libro o fuente.

La traducción nos parece clara y aceptable, aún cuando muy apegada al texto original en inglés; el traductor ha logrado una versión agradable de leer. Los errores tipográficos de la edición inglesa de 1941 fueron felizmente corregidos.

El libro se complementa con índices de autores citados en las notas de pie de página y alfabético de materias. A este respecto la edición en inglés adoleció de varios defectos que lamentablemente no fueron corregidos en esta oportunidad. Nos parece que el índice de materias debió ser más detallado a fin de permitir un manejo más expedito del texto.

En resumen, este libro de Arthur Preston Whitaker es la primera monografía sobre el tema que reúne resultados de las muchas investigaciones publicadas con anterioridad. Presenta una visión amplia y detallada que tiene el mérito de unir a la historia de la diplomacia o de las relaciones de los Estados Unidos con la América Latina: los aspectos económicos, culturales e ideológicos, tan frecuentemente olvidados por otros cultivadores de la historia diplomática. Plantea una tesis nueva sobre los orígenes y propósitos de la Doctrina Monroe y entrega un valioso material en forma ordenada y metódica. A pesar de haber sido escrito hace veinte y cinco años, la obra no pierde su actualidad y podemos considerarla como un valiosísimo aporte para la historia diplomática de las Américas.

Cristián Guerrero Yoacham

Jordi Fuentes y Lía Cortés: DICCIONARIO HISTORICO DE CHILE. Editorial del Pacífico S. A. Santiago. 1965.

Con esta obra la Editorial del Pacífico contribuye una vez más a ampliar la bibliografía histórica.

Nuestra época es particularmente propicia a los diccionarios. La necesidad de una información rápida y precisa requiere de trabajos de este género, hoy abundantes en todas las disciplinas.

El trabajo que nos ocupa está impreso a dos columnas, en un formato de 26 x 18 cm. El texto se extiende a través de 329 páginas y un apéndice complementario (34 páginas sin numerar) con las siguientes listas: Acciones de Guerra (lista alfabética y cronológica), Gobiernos (lista alfabética y cronológica), y Gobiernos Ejecutivos legítimamente constituidos. Finalmente se agrega una Bibliografía por orden alfabético de autores.

Es un Diccionario Histórico de Chile y no un Diccionario de la Historia de Chile. Su título es una explicación para las omisiones, las imprecisiones y los errores de imprenta.

Contiene un repertorio de biografías que satisface la consulta del grueso público, de los escolares y probablemente de los periodistas. Las informaciones contenidas suplen algunos diccionarios biográficos ya agotados.

En este análisis no nos detenemos en los tecnicismos de la ciencia política, ni en las informaciones geográficas.

Las Omisiones. Al hojear un diccionario y reparar en un nombre, se asocian otros... y se buscan. Leyendo la biografía del Dr. Federico Johow (p. 166) evocamos las figuras de Federico Hansen, Juan Steffen, Rodolfo Lenz, Enrique Nercasseau Morán, Julio Montebruno López, etc. Todos están excluidos.

Las precarias tres líneas y media que se conceden al Conservatorio Nacional de Música (p. 83), hacen lamentar la ausencia de una biografía de doña Isidora Zegers de Huneeus y otras de Adolfo Desjardins Ganbars y Federico Guzmán.

En la medicina chilena merece puesto de importancia Fray Pedro Manuel Chaparro, pero es otra omisión lamentable.

Extranjeros que cumplieron un papel importante en la historia nacional no aparecen. Es el caso de Victorino Lainez y Vicente Fidel López.

En las artes plásticas, faltan nombres como: Virginio Arias, Simón González, Alfredo Valenzuela Puelma, Alberto Valenzuela Llanos, Raymond Quinsac Monvoisin, etc. Todas personalidades que marcan momentos culminantes de la cultura nacional.

Los personajes que han merecido el pedestal de los monumentos, no pueden quedar fuera de un Diccionario Histórico. Es el caso de las maestras y precursoras del feminismo chileno Antonia Tarragó e Isabel Le-Brun de Pinochet. El hombre común que pose distraidamente su vista sobre las inscripciones del monumento que se alza en la Avda. B. O'Higgins querrá indagar algo más, y no lo encontrará.

Nada hemos encontrado sobre la Masonería, el Protestantismo y nada sobre las siguientes instituciones: Sociedad Nacional de Minería, Academias de la Historia y de la Lengua, Sociedad de Santo Tomás de Canterbury.

Algunos periódicos de significación merecen ser considerados: *La Aurora de Chile*, *El Araucano*, *El Mercurio*, *El Ferrocarril*, etc.

Es inexplicable la exclusión de la Universidad de Concepción y de don Enrique Molina G.

Al leer la biografía de don Armando Quezada Acharán (p. 248), buscamos en vano a su contemporáneo Luis Emilio Recabarren...

Imprecisiones. No hay referencia a la Misión Muzi, cuyo carácter histórico es indiscutible. No se la menciona en la biografía de don Ramón Freire (p. 122-23-24), ni en la de don José Ignacio Cienfuegos (p. 74).

No se describe el escudo nacional (p. 113) y su simbolismo, y sólo se menciona una "bandera nacional actual" (p. 40) sin siquiera decir sus colores.

Conviene tener en cuenta que don Rafael Valentín Valdivieso (p. 311) jamás "fue desterrado del país". En 1858, el ilustre Arzobispo de Santiago salió del país para realizar la visita *ad limina apostolorum* y posteriormente para participar en el Concilio Vaticano I. (1869-70).

Precisemos que el Presidente Prieto se llamó Joaquín y no José Joaquín (p. 243). Es fácil comprobarlo en la Fe de Bautismo¹.

Así como se dio cabida a la Casa de Moneda (p. 69), debería incluirse la Biblioteca Nacional y especificar la finalidad que tenía la Quinta Normal de Agricultura (p. 249).

Al referirse a Benjamín Vicuña Mackenna, no aparece el Partido Liberal Democrático, que sostuvo su candidatura populista (p. 318).

Se enturbia la precisión de la lista cronológica de gobiernos al no especificar las Vicepresidencias.

La Bibliografía. No siempre el asiento bibliográfico es correcto. Se omite con frecuencia el lugar de publicación. La composición gráfica, que pretendió ganar espacio, resultó confusa.

Se atribuye el *Epistolario de Don Diego Portales* a Guillermo Felíu Cruz, siendo sólo coautor, junto al recopilador Ernesto de la Cruz.

No se citan: el *Diccionario Biográfico del Clero Secular de Chile*, de Luis Francisco Prieto del Río, el *Diccionario Biográfico Americano* de J. D. Cortés, ni la *Galería Contemporánea de Hombres Notables* de Enrique Fuenzalida...

Los hechos señalados, advertidos en una revisión somera de la obra, restan crédito al *Diccionario Histórico de Chile*. Sin duda no es el más completo, ni el mejor informado, ni el más preciso.

Es en nuestro medio el único instrumento fácilmente accesible a la consulta del curioso y del estudioso que puede dar un derrotero.

Alentamos a los autores para una próxima edición, en la cual se solicite el concurso de especialistas comprometidos en la responsabilidad de la obra y se consideren las omisiones.

Los nombres de historiadores y estudiosos que se nos señalan como cooperadores de esta obra nos hacen pensar en un pórtico de severas columnas, que introduce en un edificio sólido e inmovible. Como se ha visto, la realidad no es así, y el alcance de aquella cooperación es mucho menos extenso de lo que parece. Así, para dar un ejemplo, el profesor Jaime Eyzaguirre sólo aportó datos referentes a nuestros problemas limítrofes con Argentina y Bolivia, según expresó públicamente por la prensa al ver la luz esta obra.

La responsabilidad de los autores es grande; la empresa debe ser revisada y la historiografía nacional recibirá un aporte inapreciable.

El *Diccionario Histórico de Chile* llena una necesidad.

¹ Academia Chilena de la Historia. Fondo Histórico Presidente Joaquín Prieto. GENERAL DON JOAQUIN PRIETO VIAL. Servicios y distinciones. Stgo. 1962, pp. 27 y 28.

Lo hecho es una sistematización de materias que abre una ruta promisoriosa para nuevos intentos.

Roberto Hernández Ponce

Graziano Gasparini: LA ARQUITECTURA COLONIAL EN VENEZUELA. Ediciones Armitano. Caracas. 1965.

Se trata de un gran volumen de 379 páginas numeradas, profusamente ilustrado con reproducciones en blanco y negro y a todo color, —tomadas con mano de verdadero artista por el propio autor— presentado con un lujo editorial que habla muy alto de la industria de esta especialidad en el hermoso país hermano, a la vez que de sus tesoros artísticos, felizmente hoy valorizados y cuidadosamente conservados, después que un prolongado lapso —junto con menospreciarlo— dio buena cuenta de gran parte de él, en aras de un mal entendido progresismo. De entrada destacamos el fenómeno, común a la mayoría de nuestros países, pero de proporciones notables en el nuestro donde, al conjuro de una dispar serie de elementos en contra, hemos llegado por fin a un punto en que —en términos de cuasi industria turística— podemos con seguridad argüir que “no queda nada que mostrar”.

Y es que el caso de Venezuela resulta para nosotros verdaderamente aleccionador, en cuanto numerosos puntos de coincidencia histórica hacen valederos para Chile los hechos de la interesante república del Caribe. Si en diversos otros campos se han señalado estos paralelismos, la presente obra aporta uno nuevo: el de su desenvolvimiento artístico, la evolución de su arquitectura en cuanto a volumen cualitativo y cuantitativo, técnicas constructivas, determinadas especialidades y, sobre todo, sobria expresividad, fuerza expresiva y características internas. Resultan de proyecciones supranacionales y, desde luego, en todo valederas para Chile, las interesantísimas reflexiones del autor sobre el exacto valor de la llamada tantas veces peyorativamente arquitectura “popular” —término extensivo a todas las ramas del arte— para la cual vindica justamente equiparidad de derechos junto a los más bien conceptuados exponentes de los grandes centros virreinales (p. 45). A ningún entendido en la materia ni a nadie que con un criterio actual juzgue estos valores se le escapará la objetividad de este juicio y con ello la trascendencia que envuelve no sólo en la apreciación de las muestras artísticas del pasado, sino de las actuales y las por venir.

Así como las explicaciones que Gasparini nos da del porqué de la sencillez y “pobreza” de la arquitectura venezolana del período de la co-

lonización son válidas para el estudio del tema en Chile, él coincide también en lo que respecta a la presencia de notables conjuntos de arquitectura militar que influyen no sólo en la civil, sino —como también en Chile— hasta en la religiosa, llegando a la expresión austera de la Catedral de Coro, con sus especies de saeteras medievales (p. 200).

No queremos dejar pasar la oportunidad de señalar dos observaciones del autor que estimamos particularmente en todo lo que se merece: una de ellas dice relación con la apreciación arquitectónica del gran aporte hispanoamericano a la historia del urbanismo: las plazas; notamos que raramente, en relación a otras obras compendiosas del género de la que reseñamos, el autor las mira en su conjunto, destacando directa o indirectamente los valores que entran en juego en ellas como un conjunto espacial: los edificios de este lugar cumplen, aparte de una función estética, con un determinado carácter que expresa la estabilidad de los poderes y el valor trascendente de la religión (p. 61); notará asimismo cómo el barroco elevará artificialmente las fachadas por sobre lo que ellas encubren, con vistas no sólo a marcar esta jerarquía de valores, sino a condicionar el conjunto de aquel espacio claro y necesariamente despejado.

Una segunda observación del autor merece especialmente subrayarse: el concepto de lo mestizo en la expresión cultural y artística de hispanoamérica. La obtención de una síntesis personalizada en que "el aporte creativo de dos maneras de sentir se fundió en la misma obra, nacida en condiciones que sólo el medio ambiente podía producir" (p. 44). La variedad increíble de realizaciones y forma del arte tradicional hispanoamericano que hoy felizmente vuelve a ser valorizado, tiene sin embargo reglas comunes, que por lo profundas, permiten tal variedad y libertad. Con nuestro autor creemos que esta arquitectura o arte mestizo-popular no fue un fenómeno exclusivo de determinadas regiones, sino general, americano, y con él aguardamos el día en que ello llegue a reconocerse en base a los estudios competentes (p. 47).

Como lo señala en su presentación la casa editorial, la notable obra de Gasparini plantea conceptos que para algunos pueden parecer polémicos; creemos respetable en todas sus partes la posición del autor en sus principales tesis, respaldadas por la elocuencia de una obra que se impone casi externamente; con el mayor respeto a tan distinguida autoridad, sin embargo, nos permitimos discrepar de algunos juicios marginales que parecen restar fuerza precisamente a sus más notables descubrimientos, tesis y apreciaciones: una especie de juicio demasiado duro acerca de los conquistadores españoles que recuerda posiciones históricas ya mejoradas. Carecemos de antecedentes para juzgar el caso de Cubagua (p. 42), pero nos preguntamos si fue la tónica general de la colonización de Venezuela, que per-

mitió la concreción de los aciertos culturales y artísticos que admiramos en esta hermosa obra y que, en un plano más general, singularizó a aquel admirable país cultural y políticamente en los inicios de la época de la independencia.

Gabriel Guarda, O. S. B.

JAHREBUCH FÜR GESCHICHTE VON STAAT, WIRTSCHAFT UND GESELLSCHAFT LATEINAMERIKAS. Editado por Richard Konetzke y Hermann Kellenbenz. Köln, Böhlau Verlag. I. Tomo 1964; II. Tomo 1965.

Los dos americanistas más destacados entre los historiadores alemanes actuales, los profesores de la Universidad de Colonia, Richard Konetzke y Hermann Kellenbenz, han emprendido la publicación de este *Anuario para la historia política, económica y social de América latina*, del cual han aparecido hasta ahora los dos primeros tomos, correspondientes a los años 1964 y 1965.

El Anuario reúne trabajos de autores de distintos países, de modo que constituye un órgano de la investigación científica internacional. Cada trabajo se publica en su idioma original. Los estudios en castellano y portugués van seguidos por un resumen en lengua alemana; los trabajos redactados en lengua alemana, por un resumen en castellano. Para los aportes en inglés y francés se ha prescindido de un resumen. El fin fundamental perseguido por los editores de este Anuario consiste en proporcionar información sobre el estado actual de la investigación referente a la América latina.

Entre los trabajos del Tomo I se destaca un estudio de Hermann Kellenbenz sobre "Algunos aspectos de la temprana historia económica y social del noreste del Brasil". Basándose en los estudios de Gilberto Freyre sobre las características específicas del Brasil tropical, Kellenbenz analiza los factores económicos y sociales que determinaron los comienzos de la historia del noreste del Brasil. Sobre la base económica del cultivo del azúcar se formó, de las mezclas de indios, negros y portugueses, una nueva población en que predominó el elemento luso-europeo, pero que conservó partes del legado indígena y aspectos importantes de la cultura negra africana.

Richard Konetzke estudia "La importancia del lenguaje en la colonización española de América". La Iglesia y la Corona, decididos a respetar los derechos propios de los indígenas, consideraron que los Evangelios debían ser explicados a los indios en su propia lengua. Mas en el cur-

so de la época colonial se impuso el criterio de que, por razones tanto políticas como religiosas, debía imponerse la unidad lingüística. La monarquía absoluta y centralista del siglo XVIII quiso establecer una unidad completa entre todos los integrantes de la monarquía y pretendió imponer por este motivo la lengua castellana como idioma único. Mas es muy significativo para la política indiana de la Corona española que aun el absolutismo renunció a una política violenta de imposición forzosa y prefirió difundir el uso de la lengua castellana por medio de la persuasión.

Benno Biermann, O. P., relata los intentos de los misioneros dominicanos por establecer en Guatemala la misión en conformidad con los principios ideales de Las Casas. Inge Wolff investiga el empleo de esclavos negros en la economía del Alto Perú. Magnus Mörner interpreta la ley que prohibía a los encomenderos residir en los pueblos de encomiendas como una medida de la Corona para proteger a los indios encomendados. Pedro Lohmann Villena publica y comenta críticamente el "Cuadernillo de Noticias" del Virrey del Perú, Marqués de Casteldosriús.

A la historia de la América independiente están dedicados tres trabajos. Günther Kahle estudia la dictadura del Dr. Francia y su significado para la formación de la conciencia nacional paraguaya. Percy Ernst Schramm presenta una investigación sobre la colonia alemana Doña Francisca, en el sur del Brasil, interesante aporte al estudio de la inmigración europea en el siglo pasado. Gustavo Beyhaut, en un valioso estudio sobre "Aspectos de la falta de mano de obra en América del Sur durante la segunda mitad del siglo XIX", se refiere a los esfuerzos por suplir la falta de mano de obra que se produjo a raíz de la abolición de la esclavitud y la intensificación de la producción agrícola. Se recurrió al trabajo libre del inmigrante europeo. Para trabajos menos calificados se recurrió a obreros traídos de las Azores, las Canarias, Polinesia y China. Con ellos se incorporó un nuevo elemento étnico a la población americana.

De gran utilidad son los estudios bibliográficos de Richard Knetzke sobre "Alejandro von Humboldt y América", de Hans Pohl sobre "Bibliografías referentes a América latina", de Robert Ricard sobre "Entradas y cabalgatas", de José Pérez de Ayala sobre "Las Islas Canarias y América" y de Inge Wolff sobre "El Cabildo en la América española colonial".

El voluminoso segundo tomo del Anuario contiene, igualmente, un gran número de valiosos trabajos. Mario Góngora estudia el "Régimen señorial y rural en la Extremadura de la Orden de Santiago en el momento de la emigración a Indias" y pregunta por los motivos que pueden haber tenido los extremeños para emigrar a América. Con la gran propiedad ganadera y forestal coexisten la propiedad aldeana y las pequeñas explota-

ciones campesinas. Estas aún no aparecen amenazadas por la expansión señorial ni por la Mesta. Sin embargo, en el siglo XV ya se puede observar una cierta escasez de tierras que obliga a la ocupación progresiva de las tierras comunales, a la vez que avanza rápidamente el consumo de los bosques. También aumenta la presión de la jurisdicción señorial sobre los aldeanos. En vísperas del descubrimiento de América existe ya una tendencia a abandonar la región.

Enrique Otte presenta un estudio sobre la participación de los empresarios genoveses en la colonización de Las Canarias y de América, un aporte interesante al estudio tanto de los comienzos de la expansión española como del temprano capitalismo.

Juan Friede expone en un ensayo sobre la formación de la gran propiedad en la América tropical la tesis de que a partir de los fines del siglo XVI los encomenderos habrían logrado extender su poder señorial sobre los indígenas y se habrían apoderado de sus tierras. De esta manera se habrían constituido, en analogía con el desarrollo español, una minoría de latifundistas y la gran masa de la población indígena que, reducida a un estado servil, habría carecido de toda posibilidad de ascenso social. El ensayo carece de referencias documentales y no analiza las condiciones sociales y económicas concretas hacia el 1600.

El análisis del aspecto militar de la encomienda de Günther Kahle constituye un interesante aporte al estudio de este tema central de la historia colonial. El autor concluye su trabajo explicando por qué la encomienda no dio origen a una nobleza militar de tipo feudal.

Charles W. Arnade ofrece un breve pero útil resumen de la historia cultural de Bolivia. Lewis Hanke analiza las fuentes citadas por Bartolomé Arzáns para su *Historia de la Villa Imperial de Potosí* y señala que es posible que muchas de estas fuentes y sus autores sólo hayan existido en la mente de Arzáns, quien los habría inventado para dar a su historia un carácter erudito. No obstante, la obra de Arzáns constituye una fuente valiosa para estudiar ciertos aspectos de la historia de Potosí y, en particular, los turbulentos años entre 1623 y 1625 cuando Potosí se vio sacudida por las sangrientas luchas entre "vicuñas" y "vascongados".

Marie Helmer aprovechó las listas de navíos y barcos que salieron y entraron en Callao entre 1615 y 1618 para hacer un interesante estudio sobre el comercio peruano. Callao-Lima cumplían con la triple función de distribuir en la costa del Pacífico las mercaderías provenientes de Sevilla y Panamá, de abastecer a Potosí y de servir de mercado para las regiones agrícolas circundantes. El trabajo no sólo es importante por su contenido y sus conclusiones, sino también por sus aspectos metodológicos.

Manuel Nuñez Dias analiza en un excelente trabajo la labor realizada por la Compañía General del Gran Pará y Marañón, fundada en 1755 por iniciativa de Pombal. La Compañía incorporó vastas extensiones de la Capitanía Marañón a la producción agrícola, resolvió el agudo problema de la escasez de mano de obra mediante la traída de negros africanos de las posesiones portuguesas en Guinea y Angola y estableció relaciones entre el Brasil y el comercio internacional. La Compañía sirvió a los fines generales que se propuso Pombal en su política económica, encaminada a obtener la independencia económica de Portugal.

Basado en un conocimiento amplísimo de los documentos y de la literatura histórica correspondiente, Hans-Ulrich Wehler estudia la expansión económica norteamericana en el Caribe en los tiempos del presidente Harrison (1889-1893) y de su secretario de Estado, James G. Blaine y, en particular, la intervención en Santo Domingo y Haití. El gran aumento de la producción agrícola e industrial en Estados Unidos hizo que se buscaran nuevos mercados en la zona del Caribe. La escuadra que se construyó en protección de los intereses comerciales y de las inversiones en el extranjero necesitaba bases militares. En aquellos años fueron establecidas las bases para la intervención militar directa que caracterizaría la expansión imperialista después de 1900.

Inge Wolff, mediante un análisis de la bibliografía correspondiente estudia la aplicación de la tesis de la frontera de Turner a la historia latinoamericana y llega a la conclusión de que, si bien el encuentro y choque entre la expansión hispano-europea y la población indígena y el problema de la aculturación constituye el tema central de la época colonial, el concepto de frontera no puede ser aplicado en forma esquemática y no resulta fecundo para una interpretación general de la historia de la América latina.

El Anuario, por la calidad de sus trabajos, la variedad de los temas tratados y su carácter internacional, se coloca en el mismo nivel que las otras grandes revistas americanistas que se publican fuera del ámbito hispano-americano. Empleando las categorías generales del pensamiento histórico, los colaboradores del Anuario se han esforzado por aprehender fenómenos y características específicas de la historia latinoamericana. Se debe felicitar a los editores por el éxito alcanzado en estos dos primeros volúmenes.

Ricardo Krebs